La máscara de la muerte

La máscara de la muerte

y El retrato oval

Edgar Allan Poe

Traducción de Carlos Olivera

Taller de la Mar · Ocaña

«The Masque of the Red Death» se publicó en *Graham's Magazine* en mayo de 1842; «The Oval Portrait», en la misma revista en abril de 1842 con el título «Life in Death», y en su versión breve en el *Broadway Journal* en 1845. La traducción es la de Carlos Olivera en *Novelas y cuentos* (París, Garnier Hermanos, 1884), transcrita en Wikisource, con la ortografía y la puntuación modernizadas. Es de dominio público.
Rústica · ISBN 978-84-0000-200-8 · un número de muestra, que no corresponde a ningún libro.
Cubierta: cuatro tintas sobre cartulina de 300 g/m². Pintura de cubierta generada con modelos de difusión.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel (SIL OFL) sobre papel ahuesado de 120 g/m².

La máscara de la muerte

La Muerte Roja había devastado grandemente la comarca. Nunca se había visto una epidemia más fatal, más horrorosa. La sangre era su Avatar, y su sello—lo rojo y lo horrible de la sangre. Eran dolores agudos; vértigos repentinos y luego una abundante hemorragia a la que seguía la muerte. Las manchas escarlatas sobre el cuerpo y especialmente sobre el rostro de la víctima, eran los anuncios de la peste, que le alejaban de la ayuda y de la simpatía de sus semejantes. Y entre el comienzo, progreso y terminación de la enfermedad, no pasaba más de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, e intrépido, y sagaz. Cuando sus dominios hubieron sido despoblados de casi la mitad, llamó a su presencia a un millar de vigorosos y alegres amigos que escogió entre los caballeros y damas de su corte, y se retiró con ellos a la profunda soledad de uno de sus almenados castillos.

Era un extenso y magnífico edificio, creación del excéntrico aunque regio gusto del príncipe mismo. Una fuerte y eleva-

da muralla lo circundaba completamente. Esta muralla tenía puertas de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, con ayuda de hornos y gruesos martillos; soldaron los cerrojos. Habían resuelto no dejar medios ningunos de entrada a los impulsos repentinos de la desesperación o a los de frenesí, del interior. El castillo fue abundantemente provisto de víveres. Con semejantes precauciones, los cortesanos podían mandar desafiar a la epidemia. El mundo del exterior se cuidaría a si propio. Mientras tanto, era un crimen apesadumbrarse o pensar. El príncipe había llevado todos los accesorios del placer. Había bufones, había improvisadores, había bailarines, había músicos, había belleza, había vino. Todo esto y la seguridad, adentro. Afuera, la Muerte Roja.

Fue hacia el fin del quinto o sexto mes de reclusión, y mientras la peste asolaba más furiosamente en el exterior, que el príncipe Próspero convidó sus mil amigos para un baile de máscaras de la más soberbia magnificencia.

Era una voluptuosa escena, aquella mascarada. Pero dejad que describa antes las habitaciones en que tenía lugar. Eran siete; una serie imperial. En muchos palacios, sin embargo, tales series forman una larga perspectiva recta, pues las batientes de las puertas, asentadas contra, la pared, a cada lado, no impiden en alguna manera, que la vista penetre hasta el fin. En este caso, era muy diferente, como podía esperarse del amor del soberano por lo extravagante.

Los departamentos estaban tan irregularmente dispuestos, que la visión abrazaba muy poco más de uno a la vez. Había un recodo agudo a cada veinte o treinta yardas, y en cada recodo, un nuevo efecto. A derecha e izquierda, en mitad de cada pared,

una alta y estrecha ventana gótica daba sobre un cerrado corredor que proseguía los recodos de la serie. Estas ventanas eran de cristales pintados, cuyo color variaba, de acuerdo con el que dominaba en las decoraciones de la pieza a que daba acceso. Por ejemplo, la situada en la extremidad oriental estaba adornada de azul, y tenia las ventanas azules. El segundo cuarto era púrpura en sus adornos y tapicerías, y los cristales eran color púrpura. El tercero era verde enteramente, y verdes eran los vidrios. El cuarto estaba adornado de amarillo; el quinto de blanco; el sexto de violeta; el color de los cristales era siempre igual a los adornos. El séptimo salón estaba completamente tapizado de terciopelo negro, que cubría el techo y paredes, cayendo en pesados dobleces sobre una alfombra de la misma tela y color. Unicamente en esta pieza el color de las cristales dejaba de estar en armonía con las decoraciones. Los vidrios eran escarlata: un profundo color de sangre.

Además, en ninguna de las siete habitaciones había lámparas ni candelabros, entre la profusión de ornamentos de oro que se hallaban distribuídos por todas partes, o colgaban del techo. Ni una sola luz emanaba de lámpara o bujía en la serie de cuartos adornados. Pero en los corredores que seguían a las habitaciones, había, frente a cada ventana, un sombrío trípode, lleno de carbones encendidos, que proyectaban sus rayos a través de los pintados cristales, iluminando brillantemente la pieza. Y así se producían una multitud de apariencias ostentosas y fantásticas. Pero en el cuarto occidental o negro, el efecto de la luz-de-fuego, temblando sobre las oscuras tapicerías, después de pasar por los cristales color sangre, era sombrío en extremo, y producía un tan extraño efecto sobre los rostros de los que en él entraban,

que había muy pocos entre la concurrencia, suficientemente intrépidos para experimentarlo.

Era en ese salón, también, donde se encontraba colocado, contra la pared occidental, un gigantesco reloj de ébano.

Su péndulo se movía de un lado a otro con un chirrido triste, grave, monótono; cuando el minutero recorría el círculo, y la hora estaba a punto de sonar, salía de entre los pulmones de bronce del reloj, un sonido que era claro, y agudo, y profundo, y extremadamente musical; pero de un tono y énfasis tal, que a cada hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a hacer una pausa, momentáneamente, en su ejecución, para escuchar el sonido; y entonces los valsadores cesaban en sus movimientos; y había una pequeña nube en la alegre compañia; y mientras que duraban los golpes de la campana, se notaba que los más festivos se volvían pálidos, y que los más viejos se pasaban la mano por la frente; como si les atormentara una fantástica meditación. Pero cuando los ecos habían cesado por completo, una alegre carcajada escapaba de todos los pechos; los músicos se miraban unos a otros y sonreían como de su propia nerviosidad y tontería, y en voz baja juraban entre sí, que el próximo sonido del reloj no produciría en ellos semejante emoción; y entonces y después del lapso de los sesenta minutos—que abraza tres mil seiscientos segundos del tiempo que huye—volvía otra vez el sonido del reloj y sucedía lo mismo que antes: el mismo desconcierto, el mismo temblor, la misma meditación.

Pero, a despecho de esas cosas, era una alegre y magnífica bacanal. Los gustos del príncipe eran singulares. Tenía buen ojo para los colores y los efectos. Desdeñaba las decoraciones de

la simple moda. Sus planes eran atrevidos y salvajes, y sus concepciones brillaban por una esplendidez soberana. Hay gentes que le hubieran creído loco. Sus compañeros comprendían que no lo era. Era necesario oírle, verle y tocarle para convencerse de que no lo era.

Había dirigido, en gran parte, el embellecimiento de los siete cuartos, en ocasión de esta gran fiesta, y había sido su propio gusto el que había dado carácter a los disfraces. Seguramente eran grotescos. Había mucho brillo, mucho de picante y de fantástico—mucho de lo que se ha visto después en Hernani. Había figuras arabescas, con adornos y vestidos extraños. Había caprichos de delirio como los trajes de los locos. Había mucho de bello, mucho de fastuoso, mucho de extravagante, algo de terrible y no poco de lo que puede excitar disgusto. En una palabra, los siete cuartos eran recorridos por una multitud de ensueños, que se balanceaban aquí y allá. Y éstos—los ensueños—se agitaban en todos sentidos, tomando color diferente en cada pieza, y haciendo que la salvaje música de la orquesta, pareciera el eco de sus pasos. Y, cada hora, suena el reloj de ébano que está en el cuarto de terciopelo. Y entonces, durante un momento, todo enmudece, salvo la voz del reloj. Los ensueños quedan inmóviles en el sitio que ocupan—helados.

Pero los ecos de la campana se apagan de nuevo—no han durado más que un instante—y apenas han desaparecido, una alegre aunque temblorosa carcajada entreabre los labios de los que danzan. Y entonces la música se dilata otra vez, y los ensueños se ponen en movimiento, y se tuercen acá y allá más jovialmente que nunca, tomando el color de los pintados vidrios, a través de los cuales fluyen los rayos de los trípodes. Pero en el

cuarto que está más al occidente de los siete, ninguno de los máscaras se aventura ahora; porque la noche pasa rápidamente; y penetra una luz siempre más roja a través de los vidrios color sangre; y la negrura de los fúnebres paños, aterra; y el que pone sus pies sobre la negra alfombra, recibe del cercano reloj de ébano un sordo repique, más solemnemente enfático que los percibidos por los que se abandonan a indolente alegría en las otras habitaciones.

Pero estas otras habitaciones estaban llenas por una inmensa multitud. Y en ellas latía más febrilmente el corazón de la vida. Y la orgía prosiguió en su remolino, hasta que por fin comenzó el anuncio de la media noche en el reloj y entonces la música calló, como he dicho, y las evoluciones de los valsadores se interrumpieron; y hubo una penosa cesación de todo—lo mismo que antes.

Pero ahora, el reloj tenía que golpear doce veces con su campana; y así sucedió, quizá, que muchos pensamientos se deslizaron con más tiempo, hasta en las meditaciones de los recelosos que había en aquella bacanal. Y así, además, sucedió, quizá, que cuando el último eco de la última campanada se hundió completamente en el silencio, hubo muchos de los asistentes que pudieron apercibirse de la presencia de un enmascarado, que hasta entonces no había llamado la atención de nadie. Y habiéndose derramado en voz baja el humor de aquella nueva presencia, surgió por último de todos los convidados, un susurro o murmullo de desaprobación y sorpresa—que se cambió por fin en expresión de terror, de horror y de disgusto.

En una asamblea de fantasmas como la que he pintado, se puede suponer que ninguna apariencia vulgar hubiera causado tal sensación.

A la verdad, la licencia de trajes en los máscaras era casi ilimitada; pero la figura en cuestión había ultrapasado a Herodes e ido hasta más allá de los límites del problemático decorum del príncipe. Hay cuerdas en los corazones de los más enviciados, que no pueden ser tocadas sin emoción. Hasta para los más completos perdidos, para quienes la vida y la muerte son motivo de burlas, hay asuntos sobre los que no puede dirigírseles una sola chanza. Toda la concurrencia parecia comprender profundamente que en el traje y aspecto del extranjero, no había ni gracia ni decencia. La figura era alta y flaca y estaba cubierta desde la cabeza a los pies por los atavíos del sepulcro. La máscara que ocultaba el rostro copiaba tan bien el exterior de un cuerpo rígido, que el examen más atento hubiera tenido dificultad en descubrir la impostura. Y todavía se hubiera sufrido esto, si no aprobado, por aquellos disolutos. Pero el desconocido había llevado su imprudencia hasta representar a la Muerte Roja. Sus vestiduras estaban salpicadas de sangre, y su ancha frente, así como los rasgos de la cara, estaban rociados con el horrible color escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero cayeron sobre la espectral imagen (que, con pausado y solemne movimiento, como para sostener mejor su rol, se pavoneaba aquí y allá entre los valsadores) se le vio convulso; en el primer instante con un largo estremecimiento de terror o disgusto; pero en el siguiente, su frente se enrojeció de rabia.

—¿Quién se atreve? preguntó roncamente a los cortesanos que estaban a su lado—¿quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema? Prendedle y quitadle el antifaz; ¡que sepamos a quién tenemos que colgar mañana de las almenas!

Cuando el príncipe Próspero pronunció estas palabras, estaba en el cuarto occidental o azul. Resonaron a través de las siete habitaciones, alta y claramente, porque el príncipe era un hombre intrépido y robusto, y la música había callado a una señal de su mano.

Era en el cuarto azul dónde estaba el príncipe con un grupo de pálidos cortesanos a su lado. Al principio, cuando habló, hubo en el grupo un pequeño movimiento en dirección al intruso, que se hallaba cerca en ese instante, pero que, entonces, con paso lento e imponente se aproximaba cada vez más al príncipe. Pero a causa de un cierto temor sin nombre que el fantástico aspecto del desconocido había inspirado a la concurrencía, no hubo uno solo que adelantara la mano para detenerle; de manera que pasó libremente a una vara de la persona del príncipe; y, mientras la numerosa reunión, como por un solo impulso, retrocedía del centro de los cuartos hacia las paredes, él prosiguió su camino sin que nadie le interrumpiera—con el mismo paso solemne y mesurado que lo había distinguido desde el principio. Del cuarto azul pasó al púrpura; del púrpura al verde; del verde al amarillo; de éste al blanco, y de allí al violeta, antes que se hubiera hecho un movimiento decidido para apresarlo. Fue entonces, sin embargo, que el príncipe Próspero, enloquecido por la rabia y la vergüenza de su propia aunque momentánea cobardía, se arrojó corriendo a través de los seis

cuartos, sin que ninguno lo siguiera, a causa del mortal terror que de todos se había apoderado.

Empuñando una brillante daga, se había aproximado impetuosamente al fugitivo personaje, cuando éste, habiendo alcanzado la extremidad del cuarto de terciopelo, se volvió de repente y miró a su perseguidor. Se oyó un agudo grito—y la daga cayó relampagueando sobre la negra alfombra, en la cual, instantáneamente después se desplomó el cadáver del príncipe Próspero. Entonces, animados los cortesanos por el salvaje valor de la desesperación, entraron en el salón negro, y asiendo al enmascarado, cuyo alto cuerpo se mantenía recto e inmóvil en la sombra del reloj de ébano, quedaron presa de inexplicable horror, al encontrar que bajo la mortaja y máscara de la muerte, a que habían echado mano con tan violenta rudeza, no habitaba ninguna forma tangible.

Y entonces se conoció la presencia de la Muerte Roja. Había entrado como un ladrón de noche. Y uno por uno fueron desplomándose los convidados en los cuartos rociados de sangre, y cada uno murió en la postura desesperada de su caída. Y la vida del reloj de ébano, acabó también con la de la última víctima. Y las llamas de los trípodes expiraron. Y la Oscuridad y la Ruina, y la Muerte Roja ejercieron su ilimitado imperio sobre todo.

El retrato oval

El castillo en que mi criado tuvo a bien penetrar por fuerza, antes que permitirme pasar la noche al aire libre, en el estado en que me encontraba, a causa de mis heridas, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y melancolía que por largos siglos alzaron su rugosa frente en medio de los Apeninos, lo mismo en la realidad que en la imaginación de mistress Radcliffe.

Según toda apariencia había sido temporal y recientemente abandonado.

Instalámonos en una de las salas o habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas.

Dicha habitación estaba situada en una torre aislada del edificio, y su decoración era rica pero antigua y desmantelada.

Cubrían los muros ricos tapices, numerosos trofeos heráldicos de todas formas, así como también una cantidad verdaderamente prodigiosa de pinturas modernas, llenas de estilo, en ricos cuadros de oro de un gusto arabesco.

A causa sin duda alguna del delirio que empezaba a apoderarse de mi cabeza, experimenté un interés profundo hacia

aquellas pinturas que estaban colgadas no solamente en los lienzos principales de los muros sino también en multitud de recodos que hacía inevitables la extraña arquitectura del castillo.

Fue tal el interés, que ordené a Pedro cerrase los pesados postigos de madera de la habitación,—puesto que ya era de noche,—que encendiese un gran candelabro de muchos mecheros o brazos, colocado cerca de mi cabecera, y abriese por completo las grandes colgaduras de terciopelo negro guarnecidas de anchas franjas, que rodeaban el lecho.

Deseaba yo que se hiciera así para que, si no podía dormir, pudiese al menos consolarme alternativamente con la contemplación de estas pinturas y con la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada y que contenía el juicio crítico y análisis de las mismas.

Largo, muy largo tiempo, leí y contemplé devota y religiosamente.

Pasaron rápidas y gloriosas las horas y llegó la media noche.

La posición del candelabro me desagradaba, y extendiendo la mano con dificultad,—para no molestar a mi criado que se había quedado dormido,—coloqué el objeto de manera que sus rayos iluminasen de lleno el libro.

Pero la acción produjo un efecto absolutamente inesperado.

Los rayos de las numerosas bujías (porque había muchas) cayeron entonces sobre un nicho de la habitación oculto hasta entonces por la profunda sombra que proyectaba una de las columnas del lecho.

En el fondo del mismo se dejó ver en medio de una luz viva una pintura que hasta entonces había escapado a mi observación.

Era el retrato de una joven ya próxima a ser mujer.

Eché sobre la pintura en cuestión una ojeada rápida, y cerré los ojos.

Al principio no me di cuenta de por qué los cerraba, pero mientras mis párpados estaban cerrados analicé rápidamente la razón que me los hacia cerrar.

Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y para pensar,—para asegurarme de que mi vista no me había engañado,—para calmar y preparar mi espíritu a una contemplación más fría y más segura.

Al cabo de algunos instantes miré de nuevo la piuntura fijamente.

Aunque lo hubiera querido, no podía dudar de que veía con toda la claridad posible, porque el primer reflejo de la luz de las bujías sobre este cuadro había disipado el estupor de que estaban poseídos mis sentidos y me había llamado de pronto a la vida real.

Ya he dicho que el retrato era el de una joven. Consistía en una simple cabeza, con hombros, todo en ese estilo que se llama en lenguaje técnico de viñeta; era algo parecido a la manera de Sully en sus cabezas de predilección.

Los brazos, el seno y hasta las puntas de los resplandecientes cabellos se fundían de una manera impalpable en la sombra vaga pero intensa que servía de fondo al conjunto.

El marco era ovalado, magníficamente dorado y taraceado según el gusto morisco.

Como obra de arte no podía hallarse nada más admirable que la pintura en sí. Pero puede ser muy bien que no fuese ni la ejecución de la obra, ni la inmortal belleza de la fisonomía lo que me impresionó tan súbita y fuertemente.

Menos aún debía creer que mi imaginación, al salir de aquel estado de semi-sueño, hubiese tomado la cabeza por la de una persona viva.

Por de pronto vi que los detalles del dibujo, el estilo de la viñeta y el aspecto del cuadro hubieran disipado inmediatamente semejante encanto y me hubieran preservado de toda ilusión, siquiera fuese momentánea.

Mientras hacía estas reflexiones con mucha vivacidad, permanecí medio tendido y medio sentado una hora entera lo menos, con los ojos clavado en el retrato.

A la larga habiendo descubierto el verdadero secreto de su efecto, me dejé caer en el lecho.

Había adivinado que el encanto de la pintura era una expresión vital absolutamente adecuada a la vida misma, que primeramente me había hecho conmoverme y por último me había confundido, subyugado y espantado. Con un terror profundo y respetuoso volví a colocar el candelabro en su primera posición.

Habiendo así ocultado a mi vista la causa de mi profunda agitación, busqué vivamente el volumen que contenía el análisis de los cuadros y su historia. Yendo derecho al número que designaba el retrato oval, leí la vaga y singular relación siguiente:

«Era una doncella de extraordinaria belleza y tan amable como llena de alegría.

»Y fue maldita la hora en que vio, amó y se casó con el pintor.

»Él, apasionado, estudioso, austero, había ya encontrado esposa en su Arte; ella, una joven de rarísima belleza y no menos amable que llena de alegría; no era toda ella más que luz y sonrisas y se parecía en lo alocada a un joven pavo real; gustábanle

todas las cosas; no odiaba más que al arte que era su rival; no temía más que a la paleta y los pinceles y demás instrumentos enfadosos que la privaban de la vista de su adorado.

»Fue una cosa terrible para esta dama oir al pintor hablar del deseo de pintar a su joven esposa.

»Pero era humilde y obediente, y se sentó con dulzura durante largas semanas en la sombría y elevada habitación de la torre, en que la luz se filtraba a través de un lienzo, solamente por el techo.

»Entretanto él, el pintor, ponía su gloria en su obra que adelantaba de día en día y de hora en hora.

»Y era este un hombre apasionado y extraño y pensativo, que se perdía en sus divagaciones, hasta tal punto que no quería ver que la luz que caía tan lúgubremente en esta torre aislada secaba la salud y los espíritus vitales de su mujer, que languidecía visiblemente para todo el mundo, excepto para él.

»Sin embargo sonreía siempre, y siempre sin lanzar una queja, porque veía que el pintor (que tenía gran renombre) experimentaba un vivo y ardiente placer en su tarea y trabajaba día y noche para pintar a la que tanto amaba, pero que cada día se ponía más lánguida y débil.

»Y en verdad, los que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su parecido, como de una sorprendente maravilla y como de una prueba no menos grande de la potencia del pintor que de su profundo amor hacia la que estaba retratando tan milagrosamente bien.

»Pero a la larga, como la tarea tocaba a su término, nadie fue admitido a visitar la torre; porque el pintor se había vuelto loco

a causa del ardor de su trabajo, y rara vez apartaba sus ojos del lienzo, ni aun para mirar al rostro de su mujer.

»No quería ver que los colores que extendía sobre el lienzo eran sacados de las mejillas de la que estaba sentada junto a él.

»Y cuando hubieron pasado muchas semanas y no quedaba casi nada que hacer, a no ser un ligero toque en la boca y un glacis en un ojo, el espíritu de la dama palpitó aún, como la llama de una lámpara que va a apagarse.

»Y entonces se dio el toque en la boca y se arregló el glacis; y durante un momento el pintor quedó en éxtasis delante del trabajo que había realizado; pero un minuto después, como la contemplase aún, tembló, se puso pálido y se llenó de terror, gritando con voz fuerte y vibrante:

»—¡En verdad es la Vida misma!

»Volvióse bruscamente para mirar a su muy amada, y... ¡estaba muerta!»

Taller de la Mar · Ocaña
Compuesto en EB Garamond y Cinzel (SIL OFL) · Texto de dominio público

Mientras la peste vacía su país, el príncipe Próspero se encierra con mil cortesanos en una abadía amurallada, hace soldar los cerrojos de las puertas y da un baile de máscaras en siete salas seguidas, cada una tapizada de un color y alumbrada a través de las vidrieras por un brasero. En la última, negra y con ventanas color de sangre, un reloj de ébano hace callar la música cada vez que da la hora.

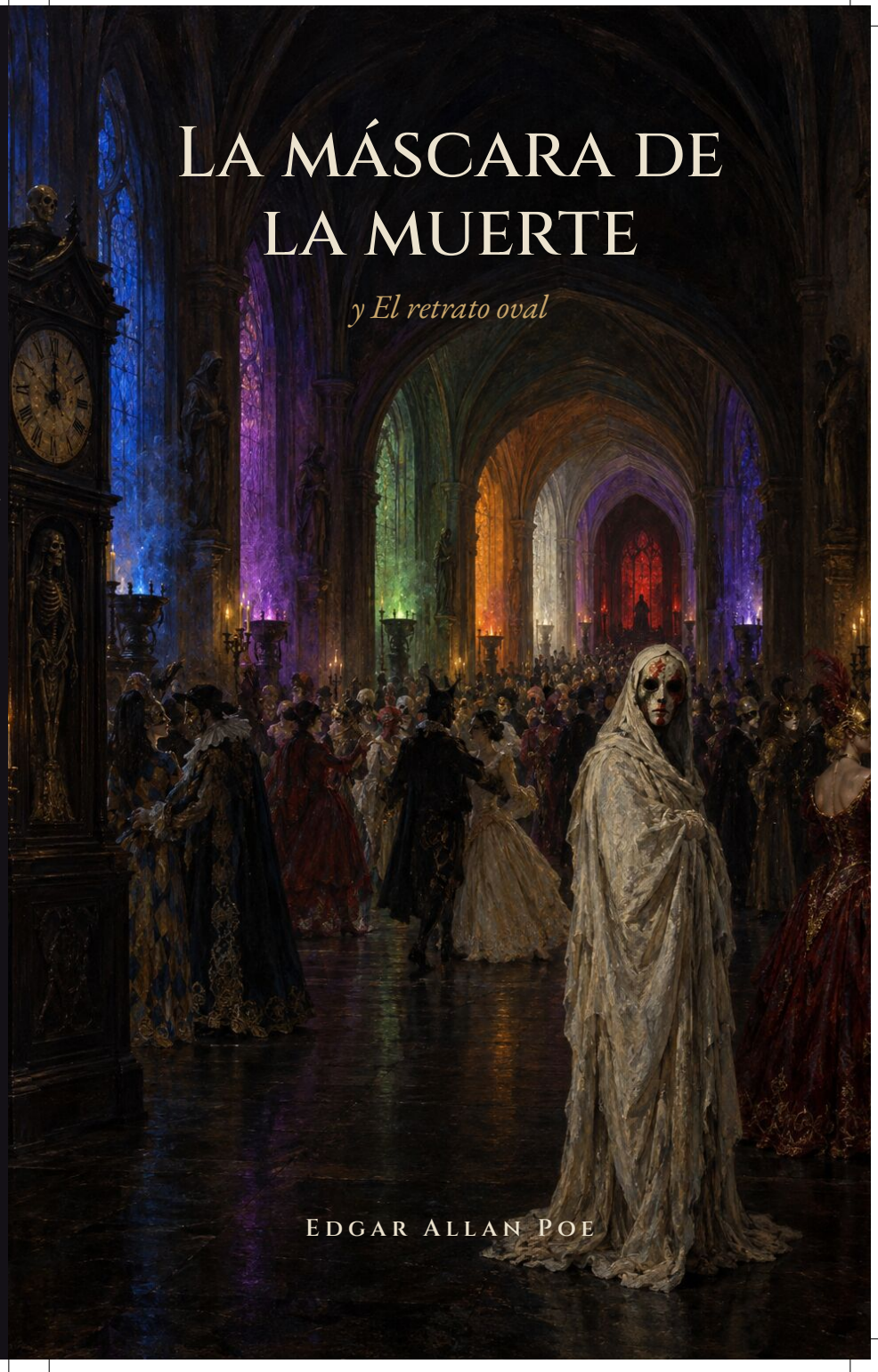
Poe publicó el cuento en la revista *Graham's Magazine* en mayo de 1842, un mes después de «Life in Death», la primera versión de «El retrato oval». En este, un viajero herido pasa la noche en un castillo abandonado de los Apeninos y descubre, a la luz de las velas, el retrato de una muchacha pintado por su marido. Los dos cuentos ocupan unas veinte páginas y transcurren cada uno en una sola noche.

Y la Oscuridad y la Ruina, y la Muerte Roja ejercieron su ilimitado imperio sobre todo.

Traducción de Carlos Olivera (1884)

ISBN 978-84-0000-200-8

La máscara de la muerte · Edgar Allan Poe



La máscara de la muerte

y El retrato oval

Edgar Allan Poe